LOS JUEVES LITERARIOS DE "EL TELÉGRAFO„

OTOÑO INTERIOR

El jardín anciano treme como un mágico violín
que guardara notas hechas para una meditación.....
Oh, las calmas armoniosas del agnóstico jardín
bajo cuyas madreselvas enterré mi corazón!

Yo tenía quince años, era flor de juventud;
prematuramente el alma se abismó en la tentación.
Desde entonces vivo sólo. Me encerré en el ataud
de la duda—exordio triste de alguna otra negación—.

Ya no late el agua clara de la fuente de cristal,
ni solloza en mi garganta la piedad de un madrigal
dulce y santo como el rostro de la amada que adoré.

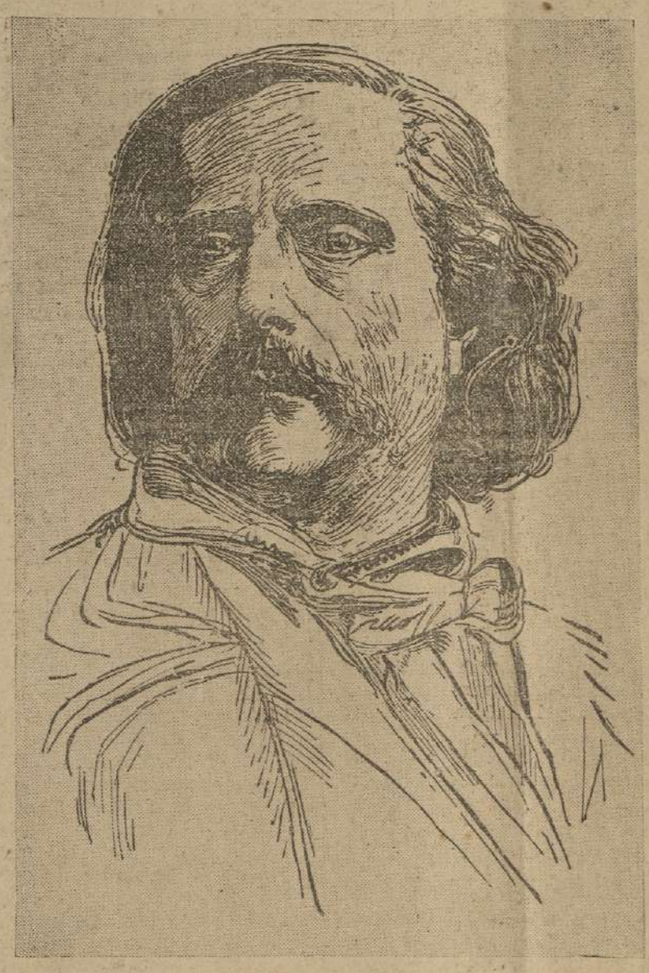
Alma! canta, vibra y ora por el tiempo que pasó;
aquel tiempo que como una margarita deshojó
mis abriles. Alma, reza por la novia que se fué....

M. E. CASTILLO y CASTILLO.

ES PARA VOLVERSE LOCO

Tengo que pedirte perdón, amigo lector; pero, créemelo, no puedo remediarlo; es una obsesión, una triste obsesión que me embarga y oprime; es una verdadera pesadilla. Ya sé que muchos me lo tomarán á petulancia y pedantería y volverá á sonar, con retintín de fingido desdén, más de efectivo encono, el mote: ¡intelectual! Te digo que no lo puedo remediar. El espectáculo de la tontería suelta y de la tontería maligna y maliciosa, el espectáculo del estallido de necedad y ramplonería en nuestra patria, esto de ver todo el repuesto de mentecatez nacional haciendo ostentación de la desnudez de sus vergüenzas, es para descorazonar á un amante de la patria y de su historia.

¿Conoces, lector, ¡aquel pasado terrible de "Bouvard et Pécuchet" que nos pone al desnudo una de las más graves dolencias de Flaubert, el que pasa por impersonal é impasible, y que vivió la vida de esas sus dos pobres criaturas? Es cuando dice: "Entonces se desarrolló en sus espíritus una facultad lamentable; la de ver la estupidez—la bétise—y no poder ya tolerarla. Les entristecían cosas insignificantes: los reclamos de los periódicos, el perfil de un burgués, una reflexión tonta oída al azar. Pensando en lo que se decía en su aldea y qué había, hasta en los antípodas, otros Coulon, otros Marescot, otros Fourean, como si sintieran pesar sobre ellos toda la pesadez—"la lourdeur"— de la tierra. No salían ya, no recibían á nadie". Prosigue Flaubert el terrible pasaje, y de este sentimiento de la estupidez humana pasan los pobres Bouvard y Pécuchet á pensar en la muerte. No cabe paso más lógico. "Trataban de imaginarla —nos dice el atormentado Flaubert —bajo la forma de una noche intensa, de un agujero sin fondo, de un desvanecimiento continuo; cualquier cosa valía más que esta existencia monótona, absurda y sin esperanza". Y llegaron á examinar la cuestión del suicidio. ¡Y llegaron á la fe!



GUSTAVO FLAUBERT

Cotejad con este terrible pasaje de la terrible obra póstuma del atormentado Flaubert, aquel otro de su "Tentation de Saint Antoine", cuando la vieja le dice al santo: "¡Debes estar fatigado por la monotonía de las mismas acciones, la duración de los días, la fealdad del mundo, la estupidez del sol!" **¡La bétise du soleil!** ¡Pero no, el sol alumbra!

Se explica uno, sin embargo, la pavorosa enfermedad del pobre Flaubert. Le dolía en la inteligencia. A todo hombre inteligente, de esos que los imbéciles, los troglodytas y sus cazurros explotadores y empresarios motejan de intelectuales; á todo hombre inteligente le duele en la inteligencia. Es en la cabeza, no en el corazón donde duele.

El dolor, el espectáculo del dolor, el sentimiento del dolor, no me sume en tan negra desesperación, en tan triste descorazonamiento, en eso que llamamos pesimismo, como el sentir que ha estallado hacia fuera toda la humana tontería ambiente, toda la majadería nacional.

La hercúlea labor de la civilización, la educación secular de la historia consistía en ir echando esa tontería á los escondrijos del alma colectiva, en acorralarla y arrincharla allí. Tontos los habrá siempre, como habrá siempre pobres, según el Evangelio; es menester que haya tontos, como es menester que haya herejes y herejías: **sportet esse haereses.** Pero la tontería estaba en su lugar, como suele estar en el suyo la sombra durante un claro día de sol. Pero ahora ha brotado al exterior como un sarpullido y amenaza contagiarnos á todos.

Yo sé que España ha pasado por tiempos de mayor pobreza, de mayor abatimiento, de mayor barbarie, de mayores vergüenzas, de humillaciones más grandes, pero dudo que haya pasado por tiempo de más insolente tontería. Esta trágica y agorera guerra europea ha tenido la virtud de servir de revulsivo al asiento, al pozo de majadería que estaba envenenando las entrañas, los intestinos, si queréis, de la patria. Jamás se ha dicho ni se ha escrito más necedades, con tanto aplomo y suficiencia.

Sí, ya sé cuál es el arma prohibida. Ya sé que Cristo dijo que quien llamare tonto á su hermano es reo del infierno del fuego. (Mateo v. 22) Pero...¿No es esto ya un infierno?

Como Bouvard y Pécuchet hay días en que uno piensa en no volver á salir de casa, en no recibir á nadie, en no leer periódico alguno. ¿Es que se sabe por dónde puede venir el contagio? ¿Es que al topar con alguien á quien se le creía, por lo menos, discreto, está uno seguro de que, excitado por el ámbito, no le suelta alguna de esas portentosas y desmedidas majaderías que corren ahora de boca en boca? Y aun peor que majaderías, vaciedades. Vaciedades, sí, cosas que no dicen nada, flato de palabras, hediondos lugares comunes del más hediondo sentido común. De ese grosero sentido común, de cuyo bandullo brotan, como reguelidos—que, con perdón de Don Quijote, así se llaman en buen romance—todas esas apestosas majaderías.

¿Qué no sirve de nada insultar? .....Sí que sirve; sí que sirve. Por lo menos se desahoga uno.

Apenas conozco majadero que no se jacte de tener mucho sentido común. Naturalmente; ¡no va á tenerlo propio! El sentido suyo es el de todos, el que corre—digo,—no corre—el que está estancado en el arroyo de la calle; el que juzga con los medios comunes de conocer; el que á criterio de simple vista pone en ridículo al desgraciado á quien se le ocurre mirar algo con microscopio ó con telescopio; el que cree entender de todo, sin haber estudiado nada; el de ciencia infusa y fe de carbonero.

Créeme, lector amigo, no recuerdo haber oído sandeces como las que estoy oyendo desde hace algún tiempo, desde que parecen haberse desparramado por toda España los espectros de aquellos hombres— ¿hombres? — prehistóricos que trazaron los dibujos de la cueva de Altamira. ¡Pero al fin, aquellos sabían dibujar! Sus descendientes hablan y escriben sin saber ni hablar ni escribir.

Lo que es insondable es la credulidad de la tontería. Claro está que para lo que sea tonto. Recuerdo un hombre singular, extrañamente fanatizado, que había llegado á una especie de suicidio mental— ¡pues tenía una buena nativa inteligencia— y que creía los más estupendos noticiones que le daba el único diario que leía, un diario de un tiempo venidero que jamás llegaba. Cuando lo de la separación de la Iglesia y el Estado en Francia, cada día se nos venía el hombre anunciando un levantamiento en la Vendée ó cosa así, y estaba á prueba de desmentimientos. ¿Y cuándo se trataba de cosas de judíos ó de masones? Daba pena observar aquella inteligencia, nativamente clara y penetrante, entontecida, estupidizada.

Y cuando uno oye frases tan formidables como ésta: "no, ni lo sé ni quiero saberlo". ¿Ni quiero saberlo? ¡No querer saber! ¡No querer informarse! ¡No querer enterarse!

Me han contado de alguien que devolvió unos folletos, que le enviaban, con esta nota en la faja que los envolvía: "No leo mentiras". ¿Y este pobre tonto—porque el que eso hace no es más que un tonto—se creerá hombre completo?

¡Ay, pobre Flaubert, enfermo de hipercrítica, si viviera hoy entre nosotros!

¿Y el remedio? me diréis. ¡Qué sé yo....! Ni si lo tiene. Hay días en que uno desespera y se le empapa en tinieblas el corazón. Te digo, lector, que es para volverse loco.

Miguel de Unamuno.

PLEGARIA

Un hambre infinita que en saciar me empeño,
una sed que el alma mitigar procura,
sin que nada calme mis hambres de ensueño,
sin que nada alivie mi sed de ternura!

Señor Poderoso! tu que eres el dueño
de nuestras tristezas ó nuestra ventura,
tu que coronastes tu divino sueño
de amor, esperanza, piedad y dulzura;

Tú que en todo velas y que en todo existes,
que todo lo puedes y todo lo sabes,
que en el abandono y el mal nos asistes

alivia la angustia de mis horas graves,
hazme el don humilde de unos labios suaves,
unas manos buenas y unos ojos tristes!

ERNESTO NOBOA CAAMAÑO.

DESDE PARIS

AL MARGEN DE LA GUERRA

Viene del brazo de una mujer. Al subir al vagón del Metropolitano, ella le advierte la grada y vemos, penosamente, su titubeo. Bajo la venda blanca tiene el semblante de algún pintado amor. Todos, hombres y mujeres, nos levantamos para ceder el asiento á este soldado; mas no le sonreímos, no le preguntamos como á los otros donde cayó, si ya no sufre....Si le viéramos afligido talvez sabríamos hablar. Pero sonríe á su Antígona con esa tremenda sonrisa de los ciegos, cándida como un asombro de niño, bondadosa como si nos perdonara.....Y cuando sale, seguido por todas las miradas, porque un instante ha representado la congoja de Francia, yo sé que todos quisiéramos—todos cuantos tenemos ojos para ver los árboles renacientes, el excelso estío del bosque—decirle con voz cordial y fraternal, como el presonaje de Dostoyzewski:

—Pasa adelante y perdónanos nuestra felicidad.

***

El amigo voluntario de la Legión Extranjera que viene de pelear y va á pelear, de paso por París, entre dos trenes, me dice así:

—"Lo que más me sorprende es que la guerra continúa la vida civil. Hay valientes y cobardes como en la paz. Tanto como desruir ese observatorio del enemigo nos preocupa grandemente lo que se va á cenar. Por los teléfonos que enlazan las baterías, entre las observaciones de ingeniero, estalla una voz triunfal: "Nos dan fresas esta tarde". El héroe no sabe lo que es sino cuando el capitán se lo demuestra. Si vieras la muerte simple de ese mozo el otro día! Pasaba llevando una lámbrera y le atravesó el pecho una bala. Conteniendo con una mano la sangre q' borboteaba dijo al vecino: "Se la llevarás al capitán". Pensaba sólo en la consigna..... ¡Qué podía valer su vida cuando ninguna vale nada! Caer heridos nos parece un accidente del trabajo. Nuestra mentalidad es la del obrero que en el violento rodaje de la fábrica puede perder el brazo ó la vida....Pero atrás, muy lejos de las balas, están literatos y periodistas añadiendo ornamentos, movilizando adjetivos, **hermoseando.** No saben cuán poco amigo de literatura es el "peludo". Nos bastan "La Marseiesa" y unas cuantas canciones bien picantes. Y no creas que esto que llaman "cotidiano heroísmo" en los periódicos es sólo patrimonio de los soldados. Tras una trinchera, una vieja campesina, conserva su vaca y sus gallinas. En un pueblecillo donde llovían "marmitas" y por donde sólo pasábamos por la noche y á gachas, una mujer circulaba con canastos, inmune por un milagro diario. Al rededor de nuestro 75, un anciano está arando. ¡Hay que vivir! Carece de mentalidad para ver la guerra en grande. Para él es una calamidad local. Confunde en su odio á los alemanes y á la filoxera ó la langosta. Su patriotismo, tan hermoso como cualquiera otro, está ligado obscuramente á su lote de paraíso terrenal, á esta avara tierra que le hizo avaro. Y solo allí he comprendido al viejo campesino de Maupassant, que por la noche iba á matar alemanes con una hoz."

***

Si por amor un santo pudo llamar hermanos á los lirios, el odio también puede extenderse á las rosas ó los muguetes, cuando estos vienen de Alemania. Un periódico exigía hace poco que se naturalizara á ciertas rosas bautizadas con nombre de mujer alemana. Otro diario nos advierte la manera de distinguir cuándo los lirios del valle son franceses, porque vienen algunos de Baviera, por Holanda. A tal extremo llega el odio, y lo comprendemos. Flores de Francia únicamente; todo rencor á las margaritas porque recuerdan á Gretchen! Al ofrecer una rosa tendremos que examinar, con sabiduría de horticultor y olfato de poeta, si son los pétalos y el perfume que cantaron de Ronsard á Charles Guerin.

***

"Hace el capitán, alemán, tirano, meter en una gran casa de paja mucha cantidad de gente y hacerlos pedazos, y porque la casa tenía una viga en lo alto, subiéronse en ella mucha gente, huyendo de las sangrientas manos de aquellos hombres ó bestias sin piedad y de sus espadas; mandó el infernal hombre pegar fuego á la casa, donde todos los que quedaron fueron quemados vivos".

¿En donde ha ocurrido esto? Es una acusación francesa, una queja belga ó la macabra fantasía de un periodista? Es simplemente un fragmento de la **Brevísima relación de las Indias,** publicada en 1552: la historia de algunos predecesores alemanes de la Kultur, contada por el bondadoso, el humanísimo padre Bartolomé de las Casas.

***

En el patio de la ambulancia estamos algunos curiosos esperando. Los preparativos parecen fúnebres, pero algunos enfermeros sonríen. Un sepulturero solemne, un **croque-mort,** avanza con la caja negra en donde no cabría un niño. El cortejo de parientes y amigos se pone en marcha.

Desde la ventána, incorporándose en el lecho, el amputado, pálido, mira por última vez el ataud en donde está su pierna, q' llevan á enterrar. Y adoptaríamos la compungida actitud de los entierros, si por instantes no nos retozara en el alma una risa acerba, como ante el más extravagante "capricho" de Goya.

Ventura García CALDERON.

LOS ENTREACTOS

Es interesante la influencia q' los brazos de una butaca de teatro ejercen sobre nuestra disposición moral. Diríase que cada espectador deja su verdadero carácter en el guarda-ropa con el gabán; y que aquellos asientos, donde tantos millares de individuos temblaron de emoción antes que él, ejercen sobre su persona una especie de envolvimiento ó sugestión.

Porque es lo cierto que en los teatros la muchedumbre aplaude acciones y propósitos que en la calle seguramente reprobaría. El comerciante **al por mayor,** rico y ordenado, q' mataría á su hija antes que dársela á ningún pelagatos, aprueba, sin embargo, que en la comedia la primera actriz, heredera de duques, quiera casarse con su **chauffeur** ó con el hijo de su jardinero, y el enternecimiento que esta mesalianza le produce, llega á la lágrima. En los truculentos melodramas de policías y banqueros, el banquero y la señora del banquero, olvidados momentáneamente de sus intereses, se alegran de que los representantes de la autoridad lleven la peor parte; y hasta á los mismos maridos les parece bien que **Don Juan,** cuyo gesto, vaya vestido de trusa ó de frac, siempre es bello, seduzca á la esposa de su mejor amigo, y se fugue con ella.

Las causas inmediatas de esa amable buena fé pública, son dos: la primera, el deseo que cada expectador tiene de no perder su dinero; es decir, de gozar, efectivamente, á cambio de las pesetas que dejó en la taquilla, un rato de honda emoción ó de buena risa; la segunda, el aturdimiento, la fascinación bruja, los embelecos de maravilla, con que la comedia favorecida por todos los recursos de la farsa teatral—belleza de las artistas, vestidos, decoraciones, muebles fastuosos, luces, etc.,—se impone á la multitud y, deslumbrándola, la avasalla y sujeta. Los esfuerzos combinados del dramaturgo y de los comediantes, producen el milagro. Dentro de su butaca, cada cual se olvida de sí mismo: la ficción, penetrándole, aprisionándole entre incontables mallas, le muda en otro individuo. Mujeres y hombres se identifican con las actrices y actores principales, y, sin advertirlo se invisten su personalidad. Los elementos novelescos que cualquier ciudadano, aún el más pacífico, lleva consigo, se agitan, suben á la superficie del alma, la enturbian y vencen pasajeramente á la realidad. La señora condesa, que llegó al teatro en automóvil, envidiará á "Mimí"; el banquero, un instante se creerá ladrón; el pobre marido, gordiflón, insignificante y tedioso, pensará sentir, un momento, sobre sus hombros, la capa escarlata de Tenorio.....

Los entreactos, particularmente en las noches de estreno, son aciagos para la obra, porque en ellos la ilusión se enfría, la pesadilla muere tras el telón que acaba de caer, y cada espectador recobra su personalidad. Si no hubiese entreactos, quiero decir, si la temperatura nerviosa producida en nosotros por el interés de las primeras escenas no se interrumpiese, parecerían buenas muchas comedias que, en fragmentos son intolerables.

Añádase á este fenómeno de psicología colectiva, la labor disolvente que en una noche de estreno, durante los momentos de descanso, realizan "los amigos y queridos compañeros" del pobre autor. Este es el riesgo máximo el peligro-cumbre, de los entreactos. Al servicio de "la melancolía que nos produce el bien ageno", se ponen la erudición de unos y la buena gracia de otros. La obra nueva es como un acerico en donde cada cual se juzga obligado á clavar un alfiler: éste dice un donaire, aquel crítico asegura que la flamante comedia tiene reminiscencias de Fulano y de Mengano.

Cuentan que un célebre dramaturgo, á partir de cierto estreno desgraciado, empezó á colaborar con un autorcillo sin talento ni prestigio, pero cuya venenosa dicacidad era temible. Aquella alianza sorprendió á sus amigos.

—¿Por qué colabora usted con Eguis, maestro?—le preguntaron:

—Para que no hable mal de mí en los entreactos, respondió.

En los entreactos, las luces de la sala, encendidas de pronto, nos restituyen, á nosotros mismos: sentimos nuestro reloj, nos acordamos de que tenemos q' marcharnos y del asunto q' dejamos pendiente; fumamos, chárlamos, miramos al mujerío que adorna los palcos. Mientras, en nuestro interior, la belleza que acabamos de sentir, languidece, se esfuma. Los entreactos, interrumpiendo de pronto el curso de la comedia, son como estocadas—á veces mortales—que la realidad asesta á la ilusión.

Eduardo ZAMACOIS.

EL AMOR Y DON JUAN

¿Qué es mejor, el amor ó el amorío? El amorío, es alegre como un cascabel y el amor, es más triste que una lágrima.

Don Juan no lloró nunca por amor; escribió su leyenda con muchos nombres de mujer, con muchas bocas fragantes, con muchos senos que palpitaron bajo su barba galana. No tiembla una sola lágrima en la vida del burlador. Era el amorío, la aventura, el placer del momento. Las que lloraban eran sus gentiles olvidadas, porque le amaron de corazón.

El caballero Casanova dejó una leyenda más carnal. Fué un elegante garañón, y lo único que tiene su historia de artístico, es la voluptuosidad. A falta de la poesía que late en la leyenda de Don Juan, Casanova supo acariciar muy sabia y muy perversamente. Conocía el secreto enloquecedor de los besos explosivos, vibrantes sobre el oído rosado de las damas y sus manos finas, aristocráticas y pálidas de abate de su siglo en los mitos de Leda sabían ser los blancos cisnes concupiscentes.

Sabía besar, sabía acariciar; tenía el talismán para hacer más amables los paraísos exquisitos y venusinos. Tampoco engarzó ni una lágrima, como una piedra preciosa, en el tejado galante de su vida. Y sus amantes tampoco lloraron. Fueron ascuas de la gran hoguera carnal, que atiza el diablo para locura de la humanidad.

Es una paradoja pintoresca; los grandes amadores nunca han sentido el amor.

De todos los hombres que conozco, el que más se aproxima á Don Juan, á Casanova, á Lovelace, es el gran novelista de ahora, Eduardo Zamacois.

Sabe hacer reir á las mujeres. Yo oía la risa cantarina, cual perlería sonora de cascabeles de oro, de una de sus amantes. ¡Qué bien reía aquella mujer! Y la hizo reír como una sinfonía de juventud, hasta muy cerca de la muerte. Apenas ví el rostro de aquella mujer—en la penumbra del café galante—pero su risa canta en mis oídos como la risa eterna de Musseta.

Werther es el amor, el verdadero amor triste, lleno de angustia y suicida. Los amadores son más sabios; un beso, una sonrisa y un madrigal. Los nombres de muchas mujeres forman una guirnalda galante, para coronar al héroe. El amor es egoísta, triste, absorbente y lleva enroscadas al corazón las siniestras culebras de los celos. El amorío es la risa fragante de la juventud, el amor es la ardiente tristeza de la carne, que siente ansias de eternidad.

El amor es el protagonista de los crímenes pasionales; no se mata á una mujer sino cuando se la ama con tal locura, que no se puede vivir sin ella. ¡Monstruosa paradoja del corazón!

La lujuria es el veneno del amor, la fiebre que hace delirar á la carne con un placer, con una emoción siempre insatisfecha. El amor es la emoción noble y divina, pero ¡es tan triste el verdadero amor! Y la aventura ¡es tan alegre, tan juvenil, tan perfumada! A Don Juan de Carillana sólo le faltó para ser el Don Juan de la leyenda, no amar á sus queridas.

Carillana lloraba en los adioses para siempre, en las ausencias, cuando la muerte deshojaba alguna rosa de su amor. Fué un sentimental, y por eso un pobre hombre.

Poned en vuestras frentes las flores locas del amorío. ¡El verdadero amor es más triste que una lágrima!

Emilio CARRERE.

ENIGMA ROSA

Para José María Egas M.

Que esperará la bella princesita durmiente,
grave en el antepecho de su floreal balcón?.....
—Será la eterna esfinge que interroga doliente
algún enigma arcano bordado de ilusión?

Qué mirarán sus ojos de libélula triste
vagando por los lises de una fronda de azur?.....
—Quizás en su leyenda de ensoñación existe
algo inquietante como un fatídico augur?

Y así, un día y otro....., siempre, siempre la veo
persiguiendo en las sombras un constante deseo,
grave en el antepecho de su floreal balcón;

hasta que llegue el Príncipe esperado de Oriente,
á poner con sus besos de luz sobre su frente
la sonrosada aureola de alguna ensoñación.....!

J. A. FALCONI-VILLAGOMEZ.

CLAVE ROMÁNTICA

Para el "Enigma Rosa" de Falconí-Villagómez.

No sé por qué se queda la blanca princesita
dormida cuando muere la tarde en su balcón,
ni porqué es que se embriaga de dulzura infinita
bajo el rosal divino que hay en su corazón.

No sé por qué es que á veces su mirada furtiva
se pierde por los cielos nostálgica de amor,
ni por qué se recoge como una sensitiva
cuando sueñan las tardes crepúsculos en flor!

Será, talvez porque antes, con la muerte del día,
yo le hablaba de rosas y de melancolía,
mientras lloraba el Angelus bueno y sentimental:

Y como siempre sueña, como nunca me olvida,
será, talvez por eso que está, semidormida
soñando con los besos de un Príncipe ideal!

JOSE MARIA EGAS M